

LA GUERRA PENINSULAR EN TERRITORIO PORTUGUÉS

Fernando DE LA GUARDIA SALVETTI



Escenario de guerra



L conflicto armado que convulsionó a la península Ibérica a comienzos del siglo XIX durante seis largos años (1808-1814), y que unió a españoles, portugueses e ingleses contra la política expansionista de Napoleón, se enmarca en el contexto europeo de las guerras napoleónicas y de la grave crisis de la monarquía de Carlos IV. Se inicia así una estrategia que tenía como objetivo contrarrestar el poderío de Inglaterra. Para conseguirlo, Napoleón aplicó la política del bloqueo económico e ideó la invasión de Portugal con la ayuda de los españoles.

La ascensión de Napoleón Bonaparte al poder contribuyó a acentuar una indefinición política de nefastas consecuencias para la Península, surgiendo un gran hermanamiento patriótico entre ambas naciones contra las tropas napoleónicas. A finales del siglo XVIII Portugal marcó el rumbo de sus objetivos en política exterior: intentó lograr un equilibrio entre Inglaterra —su aliada de siempre— y Francia, optando por una política de neutralidad, mientras continuaba comerciando con ambos países. En sus relaciones con otras naciones, y en cumplimiento de viejos acuerdos, Portugal buscó una difícil neutralidad que, sólo en apariencia, se asemejaba a algún tipo de adhesión. Esa neutralidad, mantenida con manifiestas precauciones defensivas tanto en el plano ideológico como en el militar, se volvió insostenible y no evitó la guerra contra las tropas napoleónicas.

A principios del siglo XIX Portugal estaba en una situación muy difícil, tanto económica como política, y como tantas veces en su historia tuvo que empezar de nuevo, prácticamente de la nada, con sus aliados de siempre. La participación del Ejército luso en conflictos armados, desde sus comienzos en

el siglo XII, se ha caracterizado siempre por la falta de medios humanos y materiales. Ésta ha sido una constante a lo largo de la historia de Portugal. Sin embargo, en los momentos decisivos ha sabido resurgir como nación y hacer honra a sus compromisos.

Estrategia napoleónica en Portugal

Napoleón proyectaba ocupar España con el pretexto de obligar a Portugal a romper su alianza con Gran Bretaña. Había decidido intervenir militarmente y bloquear los puertos portugueses, principalmente Oporto y Lisboa, para que los ingleses no pudiesen comerciar a través de ellos con Europa. El emperador Bonaparte pedía la colaboración militar española a cambio de ciertas prebendas territoriales en el país vecino, compromiso que quedó plasmado en el Tratado de Fontainebleau el 27 de octubre de 1807.

Como consecuencia del tratado firmado por Napoleón, Francia siguió con su política de bloqueo continental como única forma para aniquilar a Inglaterra, declarando bloqueadas, no solamente las costas, sino también los puertos y ríos desde el Elba hasta Brest. La actitud de Inglaterra después de la Paz de Tilsit, que aliaba a Rusia con Francia, iba a quebrar las últimas esperanzas de paz entre los dos países. Efectivamente, el tratado comprometía a los rusos a hacer campaña en contra de los ingleses si éstos no aceptaban su mediación. Después de la Paz de Tilsit, en junio de 1807, Bonaparte se consideraba dueño y señor de toda Europa; solo quedaba Portugal por dominar (era su obsesión), y con él, Inglaterra.

Portugal, aunque consternado con la política de bloqueo impuesta y sus posibles consecuencias, aún mantenía esperanzas de no verse directamente afectado. Para ello envió a París a Lorenzo de Lima, antiguo embajador de Portugal en Francia, a mantener conversaciones con un alto dirigente del Ministerio de Asuntos Exteriores. El representante francés le comunicó el riesgo que corría Portugal si no aceptaba las condiciones de neutralidad negociadas con anterioridad con Francia, y le advirtió que estaba obligado a cerrar definitivamente los puertos a los buques ingleses, a confiscar sus bienes y a retener a los ciudadanos ingleses en Portugal. Estas condiciones de bloqueo, y el hecho de no haber sido puestas en práctica por el Gobierno portugués, fueron determinantes y el origen de la estrategia de guerra impuesta por Napoleón.

Junot llega a Portugal

Aunque es poca la actividad conocida que tuvo Junot durante el corto periodo en que estuvo como embajador en Lisboa (1805), parece claro que su

misión era el prelude de una próxima guerra. En agosto de 1807 se empiezan a hacer efectivas las medidas del bloqueo y comienzan los preparativos y el inicio de la primera invasión napoleónica. Se organiza en Bayona una fuerza militar francesa con 30.000 hombres, denominada Primer Cuerpo de la Gironde, con la misión de invadir Portugal. El mando supremo de esta fuerza estaría reservado al ex embajador en Lisboa, mariscal francés Jean A. Junot. Tres meses más tarde el ejército de la Gironde cruza la frontera, entrando en Portugal. Sin encontrar apenas resistencia, sus tropas atraviesan Ábrantes y Santarem y finalmente llegan a Lisboa el día 1 de diciembre, como le había prometido a Napoleón.

Al entrar en la ciudad Junot comprobó lo que se temía, de acuerdo con las informaciones que había recibido días antes en Cartaxo: el príncipe regente portugués Joao VI y la reina Da María I, ante el avance de las tropas napoleónicas, trasladan la corte y la administración en barcos ingleses hacia el exilio, instalándose en Río de Janeiro, y evitando de esta manera que toda Europa viera a la familia real prisionera de Napoleón. El ilustre escritor Francisco Soares Franco, en su libro *Reflexoes sobre a conduta do príncipe regente de Portugal*, admite, sin reservas, que la salida de la corte real para Brasil era la única esperanza de salvación, pues sólo así el príncipe podría salvaguardar su honra, su seguridad, su gloria y el buen nombre de Portugal.

Durante su estancia en Portugal Junot trató de colaborar con los representantes del Gobierno del reino y extender su influencia a las provincias del norte y del sur, obligándolas a hacer cumplir las normas dictadas por el nuevo gobernador francés en nombre de Napoleón. Como consecuencia de esta demostración de soberanía francesa surgieron intentos de revuelta popular, como el arriado de la bandera portuguesa en todas las guarniciones de Lisboa, entre ellas la del castillo de San Jorge (símbolo de Lisboa). Napoleón, en sus cartas a Junot, ordenaba confiscar los bienes a todos los ingleses residentes en



Príncipe regente Juan VI en 1807.

Portugal y a todas las personas que habían seguido a la familia real a Brasil. En esa línea, Junot llevó a cabo cambios importantes en el seno de las Fuerzas Armadas, desmantelando y licenciando parte de las tropas portuguesas que no quisieron colaborar. Por eso escribía en su diario el 11 de enero: «Desarmando as milicias, desarmo o país e afasto as tropas de linha» (desarmando al Ejército desarmaba al país y alejaba las tropas de las líneas de combate).

La ambición de Junot por el trono de la Casa de Braganza era notoria. La propuesta que efectuó a la Junta de los Tres Estados y Consejo de Regencia para acceder al trono estaba basada en un programa constitucional afrancesado, que se asentaba fundamentalmente en el respeto a los derechos individuales y al principio de separación de poderes, y que apostaba por la modernización de las estructuras administrativas, judiciales y fiscales del aparato del Estado. Todas estas medidas, de corte bonapartista, excluían a otros modelos liberales que soñaban con una regeneración política del país y que guardaban fidelidad a la Casa de Braganza y a los valores históricos de la nación portuguesa. La tibieza mostrada por Napoleón a dicho programa constitucional y la rebelión ciudadana que estalló de norte a sur del país hicieron que aquél muriera nada más nacer.

Reacción nacional

Cuando Napoleón decidió invadir Portugal, en otoño de 1807, tenía buenas razones para pensar que no hallaría gran resistencia. El Ejército portugués estaba dividido y en una situación muy difícil. Ilustres hombres, como el marqués de Alorna —abiertamente profrancés—, Gómez Freire de Andrade —uno de los militares de mayor prestigio—, el conde de Novion o Martins Pamplona, participaban de las mismas ideas del emperador. Incluso el viejo aliado de Portugal, Gran Bretaña, manifestaba que la defensa de Portugal contra la máquina de guerra de Napoleón, reforzada por las fuerzas españolas de Godoy, sería completamente imposible.

Mientras tanto, el espíritu del Dos de Mayo de 1808 llega a Portugal y la población portuguesa va a rebelarse contra las tropas de Napoleón. El fuego de la revolución empieza en Oporto a primeros de junio. Se organiza un nuevo gobierno, que se denominará Junta Suprema de Gobierno del Reino. Tan pronto como la Junta queda organizada, se dirige un manifiesto a todas las autoridades del país declarando abolido el programa constitucional del Gobierno francés, restituyendo la autoridad legítima de soberanía portuguesa, ordenando la inmediata reposición de las Fuerzas Armadas reales portuguesas en todo el país, y nombrando a Bernardim Freire de Andrade para mantener el peso del Gobierno y de las Fuerzas Armadas portuguesas.

Participación del clero

La agitación y el descontento popular fueron creciendo en medio de la penuria, la indigencia y los excesos de las tropas francesas. La iglesia no se escapó de este movimiento restauracionista, que comenzó en Oporto y se contagió rápidamente a otras ciudades del norte. La agitación implicó al clero, que pronto se vio inmerso en el conflicto armado. Por parte de los obispos se emitieron avisos y proclamas solicitando fondos y voluntarios para combatir.

En el mundo rural, el resultado de las revueltas se debió a la acción de las guerrillas populares, frecuentemente capitaneadas por elementos del bajo clero. En las zonas de montaña (Tras-os-Montes, Guarda, Viseu y Viana do Castelo) se distinguieron muchos clérigos, reconocidos como «santos pastores» y depositarios de la «sacrosanta cruz y espada». En el norte y en el centro del país se constituyeron batallones eclesiásticos por iniciativa propia y con la aprobación de los prelados de las respectivas diócesis. El arzobispo de Braga, don José da Costa Silva, se erigió en general y se colocó al frente de un batallón formado por más de 350 eclesiásticos.

En las diócesis de Aveiro, Guarda, Porto y Coimbra los curas apoyaron y secundaron las operaciones militares de las tropas inglesas que, como veremos más adelante, fueron determinantes durante el transcurso de la Guerra Peninsular. El clero, además de apoyar la restauración del régimen, quiso dar un contenido ideológico a la lucha armada que se estaba produciendo; de ahí que la resistencia antifrancesa fuera considerada como una guerra religiosa y de estado. La religión católica, baluarte del orden ético-social, funcionó de acuerdo con la Iglesia como elemento de cohesión ideológica, uniendo el impulso combativo de la población civil. En cada momento se procuró ensalzar el espíritu patriótico del pueblo y la fidelidad a una monarquía que, aunque ausente del país, se mantenía en la mente de los portugueses.

La alianza luso-inglesa

Ha sido una constante a lo largo de la historia la aproximación entre Portugal y Gran Bretaña en todos los ámbitos, y por supuesto en el que más nos interesa ahora: en el aspecto militar. Esta alianza se materializaría en un verdadero ejército bien cohesionado, tanto en efectivos como en moral, bajo el mando unificado del general Wellesley. La situación hizo que Inglaterra tomara la iniciativa enviando a Lisboa una escuadra al mando del almirante Rosslyn para negociar el necesario apoyo militar y político que hiciera frente a la invasión. El Ejército portugués estaba dividido y falto de adiestramiento. La escasez de oficiales cualificados llevó siempre a tener que buscarlos en el extranjero —fundamentalmente británicos— y esta situación hizo que aquél



General Beresford.

se dividiese aún más. El descontento fue calando en el seno de las Fuerzas Armadas hasta la llegada del general inglés William Carr Beresford (1), quien fue nombrado comandante en jefe del Ejército portugués a propuesta del príncipe regente. Tras asumir el mando, el general Beresford introdujo medidas disciplinarias muy estrictas y planteamientos tácticos, siguiendo la línea de los ejércitos europeos.

La intervención de las tropas inglesas —un ejército bien organizado y temido— fue determinante para acelerar la expulsión de las tropas napoleónicas de Portugal. A mediados del mes de julio, una expedición con cerca de 10.000 hombres bajo el mando de Wellesley, futuro duque de Wellington, partió de Inglaterra con destino a Portugal, desembarcando con sus fuerzas en la costa de Lavos, junto a la Foz de Montego. El avance de las tropas aliadas hacia el sur, rumbo a la capital, contó con el apoyo táctico del batallón portugués, al mando del general Bernardim

Freire de Andrade, y, puntualmente, con la fuerza disuasoria de dos batallones más, movilizados en Coimbra. Las confrontaciones de Rolica (17 de agosto) y Vimeiro (21 de agosto) evidenciarían la supremacía militar anglo-portuguesa. Con un ejército en retirada y numerosas bajas, Junot se vio obligado a rendirse, lo que implicaba la pérdida de la iniciativa francesa, que pasaba a manos de Wellington.

El resultado desfavorable de la batalla dejaba a los franceses en una situación insostenible y lejos de poder recibir apoyos, por lo que comenzaron unas

(1) General inglés (1768-1854). Ingresó en el Ejército en 1785, sirviendo en las Indias, cabo de Buena Esperanza y otras posesiones británicas. Enviado a Portugal en 1809, el Gobierno portugués le concedió el título de mariscal de dicho reino. Reorganizó el Ejército de Portugal de tal modo que al poco tiempo se enfrentó a las tropas napoleónicas, obteniendo triunfos importantes en las batallas de Bussaco y La Albuera, derrotando al mariscal Soult en 1811.



Concentración del ejército inglés en la Foz de Montego. (Archivo Histórico Militar).

negociaciones con el general inglés Dalrymple, que culminaron con la firma del Convenio de Cintra (30 de agosto), por el que se permitía a las tropas francesas evacuar Portugal y desembarcarlas en Francia.

Sorprendentemente, la Paz de Cintra, que puso fin a la primera invasión francesa, fue negociada entre los gobiernos de Francia e Inglaterra, sin la presencia de las autoridades portuguesas. El tratado suscitó las protestas de las autoridades militares portuguesas y de la prensa en Inglaterra, donde Wellington tuvo que responder a las críticas que le acusaban de favorecer al ejército enemigo.

A lo largo de la guerra, el carácter disciplinado y autoritario de Wellington y Beresford se iba acentuando —no sin algún pequeño incidente—, pero los éxitos militares alcanzados permitían que el pueblo gozase de la esperanza y el patriotismo de los ciudadanos. Así, en vísperas de la segunda invasión napoleónica, Wellesley y Beresford, de nuevo depositarios de la esperanza popular, fueron aclamados en la capital como héroes justo antes de partir hacia el norte en busca de los invasores franceses.

Las campañas de Soult y Massena

A comienzos de 1809 las tropas francesas intentaron extender su dominio a todo el territorio peninsular, lo que implicó una guerra de desgaste que requirió tres largos años (1809-1811). La ocupación se llevó a cabo siguiendo tres líneas de penetración: Levante, Andalucía y Portugal. Solamente me referiré a este último país —la campaña de Portugal— por ser el tema que nos ocupa.

En marzo de ese año, un nuevo ejército invasor, al mando del general Soult, entró en Portugal a través de la serranía del Alto Miño y Tras-os-Montes, instalándose en el norte. En su avance hacia Braga se encontró con fuerzas portuguesas (25.000 hombres) al mando del general Bernardim Freire de Andrade. El siguiente objetivo era la ciudad de Oporto, donde tuvo que hacer frente a las líneas defensivas levantadas por las fuerzas regulares portuguesas y a las guerrillas. A pesar de las dificultades, las previsiones de Soult se habían cumplido y la ciudad fue entregada a las tropas napoleónicas.

Sin embargo, en abril de 1809 el general Wellesley volvió a Lisboa para hacerse cargo, por segunda vez, de la campaña en la Península. El ejército regular portugués apenas había tomado parte en las grandes operaciones; tan sólo cuatro batallones del general Francisco da Silveira Pinto habían cooperado con Wellesley en la reconquista de Oporto en mayo de aquel año, cogiendo por sorpresa a Soult. La situación se había hecho crítica y Soult se vio obligado a retroceder y regresar a territorio español. El 19 de mayo las tropas del general Soult entraban en Galicia sin haber cumplido ninguno de los objetivos previstos por el emperador, dejando libre de movimientos a Wellington con un ejército de 23.000 hombres.

El 12 de julio de 1809 Napoleón firmó el armisticio de Znaim, que ponía fin a la guerra con Austria. A pesar de su victoria en Wagram, Napoleón no desistió de sus propósitos en la península Ibérica. La Paz de Viena ofreció al emperador una excelente oportunidad para tratar de liquidar una guerra cuyos resultados no estaban siendo los deseados en relación con los recursos empleados. Durante el invierno y la primavera Napoleón siguió ocupándose activamente de reforzar su ejército en la Península, con vistas a la estrategia que tenía proyectado realizar en la misma.

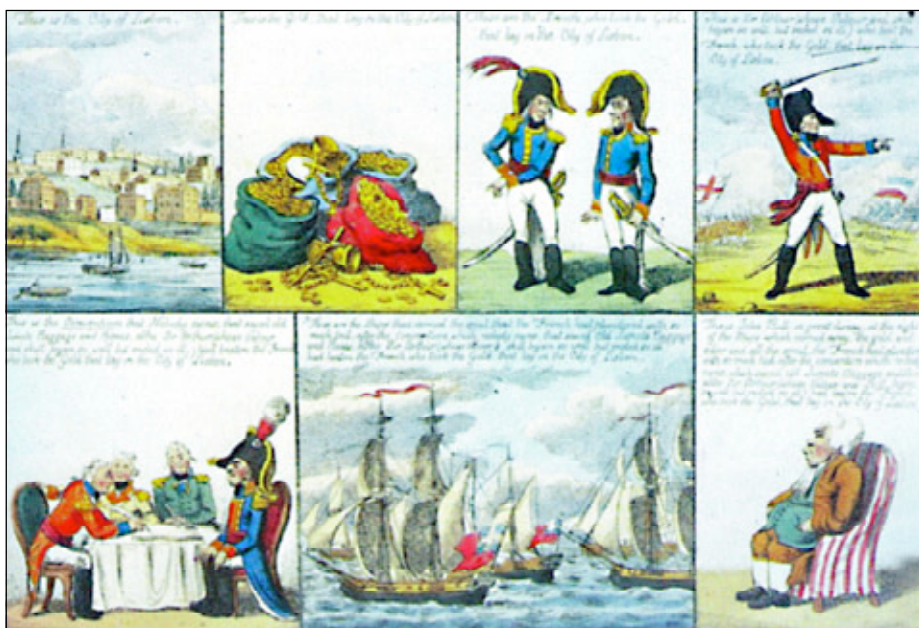
El avance de las tropas francesas hacia Lisboa pasaba indiscutiblemente por la conquista de las fortalezas de Ciudad Rodrigo (española) y Almeida (portuguesa), que permitirían al Ejército francés dominar desde lo alto de la meseta el paso de tropas por la frontera portuguesa. La creación de un llamado «Ejército de Portugal», por Decreto de 17 de abril de 1810, sorprendió al mundo y refleja la evolución de los acontecimientos militares en la Península. Constituido por tres cuerpos de ejército (2.º Reynier, 6.º Ney y 8.º Junot), estaba a las órdenes del mariscal Massena, el más prestigioso de los subordinados de Napoleón. Más tarde se uniría el recién creado 9.º cuerpo, al mando de Druet d'Erlon.

La estrategia aliada, eminentemente defensiva, se basaba en la táctica de arrasarse amplias zonas, destruyendo puentes y quemando recursos alimenticios y medios de transporte para evitar que los franceses llegaran a Lisboa. También contemplaba la creación de un formidable ejército de 80.000 soldados entre ingleses, portugueses y españoles, que pudiera hacer frente a las tropas del mariscal Massena en el campo de batalla. Y finalmente, la construcción de una colosal barrera de obstáculos naturales y fortificaciones —línea de Torres-Vedras— que se extendía a lo largo de 47 kilómetros, desde el Atlántico hasta el estuario del Tajo.

Cuando Massena tomó el mando del Ejército de Portugal en el mes de mayo, tenía a sus órdenes unos 130.000 hombres, de los cuales solamente 86.000 podían ser considerados como fuerzas operativas; cifra que descendería a 65.000 al comienzo de las operaciones de invasión. La invasión tuvo lugar en el verano de 1810, cuando el poderoso Ejército francés, al mando del mariscal Massena, entró en Portugal por la frontera de Almeida ocupando la fortaleza a su paso y forzando a Wellington a retirarse al interior de Portugal. Sin embargo, Massena no se apresuró a continuar su avance, preocupado por las consecuencias que podría tener alejarse de sus bases. Ante la eventualidad de ver cortadas sus comunicaciones dilató su marcha hasta el 16 de septiembre, no sin antes ordenar la entrada en Portugal del 2.º ejército, al mando de Reynier, que debía reunirse con él en Guarda. Exigió también la presencia de la 9.ª división, al mando de Drouet d'Erlon en Ciudad Rodrigo, convirtiéndose esta ciudad, junto con Almeida, en las principales bases de aprovisionamiento de las tropas francesas.

La práctica de tierra quemada impuesta por Wellington dejaba en principio a los franceses el camino libre que les llevaría hacia Coimbra, y ofrecía a Wellesley —cuya última línea de defensa estaba en Torres Vedras— una extensa zona para maniobrar en profundidad. Por otra parte, el mal estado del terreno, la carencia de alimentos y la pérdida de contacto con el resto de las tropas produjeron descontento, desbaratando los planes de Massena. Conocida la dirección de marcha de las tropas francesas (Viseu-Coimbra), Wellington decidió cortarles el avance presentando batalla en Bussaco. Las fuerzas anglo-portuguesas, aprovechando las ventajas del terreno y un mejor conocimiento de las fuerzas enemigas, obtuvieron una importante victoria, causando al enemigo alrededor de 4.500 bajas, mientras que entre británicos y portugueses hubo aproximadamente 1.500.

Con ese fracaso Massena quedó bastante tocado, pero ello no le impidió seguir su avance hacia la capital. Wellington decidió retirarse hasta Lisboa ante el peligro de verse aislado, atrayendo a los franceses e intentando liberar la posible presión futura que pudieran ejercer las tropas francesas sobre las líneas de Torres Vedras. A mediados de octubre Massena se topó con las líneas aliadas en su marcha hacia la capital, pero fue incapaz de romper las defensas. Wellington, con la ayuda de ingenieros británicos, había levantado una línea



La Convención de Cintra. Grabado satírico inglés de la época (1809).

continua de fortificaciones defendidas por centenares de soldados, evitando así el paso de las tropas francesas hacia Lisboa.

La imposibilidad de lograr sus objetivos era tan evidente que Massena no intentó siquiera asaltar las posiciones inglesas. No le quedó otra opción que esperar refuerzos, que nunca llegarían, ya que la resistencia española impedía a los franceses desguarnecer otras regiones. El 10 de noviembre de 1810 Massena empezó a retirar a sus hombres —camino de la capitulación— de las posiciones que mantenían ante Torres Vedras, trasladando sus fuerzas hacia Santarem, en tanto que Wellington permanecía con sus tropas en Extremadura y Alentejo a la espera de nuevos enfrentamientos.

En la primavera de 1811 Portugal volvía a estar libre de tropas francesas. Massena informó a Napoleón del fracaso de la campaña de Portugal y le envió el siguiente mensaje: «He llegado a la conclusión de que pondría en gran peligro al Ejército de su Majestad si intentase atacar estas formidables líneas defendidas por 30.000 ingleses y 30.000 portugueses, apoyados por 50.000 campesinos armados». La toma de Olivenza y Badajoz hizo que la ayuda que —por indicación de Napoleón— debía prestar Soult llegase tarde, justo cuando Massena ya había dado orden de retirada a un ejército descompuesto y hambriento, minado por las enfermedades y sin ninguna moral de victoria.

El fracaso francés en tierras portuguesas tuvo una importancia crítica en la campaña peninsular. Napoleón había realizado un esfuerzo máximo para expulsar a los ingleses enviando a Portugal un poderoso ejército bajo la dirección de un comandante experimentado, e incluso pareció en un momento dado que nada ni nadie sería capaz de frenar la pesada maquinaria bélica francesa. Pero la clara visión de Wellington fue decisiva para detener al poderoso Ejército napoleónico.

Consecuencias finales de la guerra

La Guerra Peninsular fue un conflicto armado de gran complejidad, tanto en su desarrollo estrictamente bélico como en la secuencia de los acontecimientos, y prolija en pequeñas, medianas y grandes acciones. La guerra se convirtió en una prueba de resistencia agónica para la población civil y para las tropas francesas y aliadas. El hambre y la enfermedad produjeron verdaderos estragos entre la población civil.

Constituyó la primera derrota de un ejército que se creía invencible, y su humillación por parte de las tropas españolas y anglo-portuguesas. Durante el conflicto armado el Ejército portugués participó en cerca de 280 acciones de guerra (batallas, combates, asaltos, bloqueos, etc.), con un coste de 22.000 muertos y un elevado número de heridos.

La invasión napoleónica en tierras portuguesas supuso un importante impacto en la historia del país vecino, y sus catastróficas consecuencias se hicieron notar claramente: destrucción de ciudades y vías de comunicación, saqueos, cosechas arrasadas, etc. El desmantelamiento económico del país fue pavoroso. El traslado de la casa de Braganza a Río de Janeiro acentuó la crisis económica, institucional y social en la metrópoli, gobernada por los intereses comerciales ingleses en ausencia de la monarquía portuguesa.



Las invasiones de Sout y Massena.

BIBLIOGRAFÍA

- BARTOLOMEU DE ARAUJO, Ana Cristina: «As invasoes francesas e a afirmacao das ideias liberais». *Historia de Portugal*. Vol. 5.
- MENÉNDEZ PIDAL: «La Guerra de la Independencia». *Historia de España*. Vol. XXXII.
- PEDRO VICENTE, Antonio: «A propaganda na guerra peninsular: De Inglaterra a Portugal e España». *Revista de Historia Militar*, núm. 1, 2004.
- PEDRO VICENTE, Antonio: «Portugal en 1808. Otro escenario de la guerra peninsular». *Revista de Historia Militar*, núm. 2, 2005.
- CORREIA BARRENTO, Nuno: «El ejército portugués y el nuevo ejército anglo-portugués». *Revista Independencia* 2005/09. Lemos-Pires.
- SANTACARA, Carlos: «La Guerra de la Independencia vista por los británicos». *Papeles del Tiempo*.
- ARTOLA, Miguel: *La Guerra de la Independencia*. Espasa (Forum).
- CASTRO OURY, Elena: *La Guerra de la Independencia española*. Editorial AKAL.
- La aventura de la historia*: revistas núm. 86, 88, 108 y 111, «200 años de la Guerra de la Independencia».
- Diversos reportajes y artículos de prensa sobre la Guerra de la Independencia: 1808-1814.